

y sueñas en tu sueño  
de paz desconocida,  
que es más profunda cuanto más se olvida.

En tí miro el modelo  
de la paz que deseo y necesito:  
paz que calme este anhelo,  
paz que acalle este grito  
de mi carne abrasada de apetito.

Y tú, encina, me dices  
que para hallar la paz de las alturas  
tengo que echar raíces,  
que beban en honduras,  
de donde manen las corrientes puras;

que en las honduras brota  
la fuente que de sí propia dimana,  
y la verdad ignota,  
de la belleza hermana,  
de allí florece y sus espigas grana.

Yo tengo que ser firme,  
como tu tronco, y con tesón de acero  
hacia la luz erguirme,  
cual se yergue un arquero  
para tenso lanzar tiro certero.

Como columna viva,  
subiré en eclosiones de oro y plata,  
a florecer arriba,  
donde al sol tu ramaje se dilata  
para humilde inclinarse en catarata.

Como tú, coronado  
de vivas gemas con engaste de oro,  
surgiré renovado  
para alcanzar lo que perdido lloro  
y está en mi fondo oculto y es mi mejor tesoro.

Y vendrá la paloma,  
vencido ya el furor de la pantera,  
y este dormido aroma,  
que un aire niño espera  
cundirá con la nueva primavera.

FRANCISCO RODRIGUEZ PERERA

## ¡¡GUIONISTA DE PELICULAS!!

( CUENTO )

I

Por la ventana que enfile la calle, y a través de los visillos, contempla doña Adelaida el panorama de los tejados del pueblo bajo esa lluvia menuda e inconsistente, que más bien parece niebla, y que los campesinos llaman con tanta propiedad «cerniza». ¡Cómo angustia a la señora esta lluvia harinosa que se dijera cernida mansamente por el cedazo gris de las nubes que se deshilachan en el cielo! Siquiera la lluvia franca es expletiva, tiene su voz y su sentido, golpea volandera los cristales, llena de rumor y de pasos de carrera las calles del pueblo y hace con todo una orquesta que arrulla y mece la intimidad. ¡Pero esta aguarina cenicienta que ni siquiera bambolea el viento y ni es lluvia ni es niebla y sólo sirve para desdibujar la torre de la iglesia, humedecer los tejados y poner como sordinas y musgos en toda la vecindad!

En estos días es cuando más horror cobra doña Adelaida a la monotonía del pueblo. Más que por ella misma, por Lucila, su hija, quien hojea una revista, sentada a la camilla que sirve a las dos mujeres de calorífero y mesa de labor.

«¡Qué monotonía tan reduplicada, Señor!—exclama para sí doña Adelaida.—Cincuenta años viendo las mismas cosas y casi las mismas caras. Contando en el calendario del tiempo con una efemérides igual a otra: días claros, días grises, el toque del alba, el toque de mediodía, el repique de víspera y el doble de ánimas; lluvias o nieblas, o «cernizas» como ésta. Sin que en esos cincuenta años se haya notado cambios en el pueblo y en el modo de vivir de las personas.»

En esto Lucila lanza una exclamación.

—¿Me quieres decir, hija—pregunta intrigada doña Adelaida—qué lees con tanto interés?

—Fíjate, mamá, en la ficha de la intérprete de «El castillo fantasma»: treinta años; estatura, 1'58; peso, 55 kilos. Se ha casado tres veces y por tres veces se ha divorciado. ¡Magnífico!

—¡Niña, niña!—reprende alarmada doña Adelaida.

—Es por su tipo, mamá: 1'58 de estatura y 55 kilos de peso. Casi la línea moderna perfecta. Y el galán que trabaja con ella es como hombre un tipazo. Voy a recortar el cupón de la revista para solicitar sus retratos.

Doña Adelaida suspira, como tiene por costumbre cuando quiere expresar que pudiera decir algo y opta por callarse.

«Decía yo antes—piensa volviendo a sus soliloquios—que en cincuenta años no han variado las cosas y las personas y mi propia hija me da un mentís con su modernidad. Hace cincuenta años ninguna

de las muchachas casaderas, tenidas en el pueblo por juiciosas, se hubiera atrevido a pedir retratos a una mujer tres veces divorciada y mucho menos a un hombre aunque fuera un tipazo.»

Y doña Adelaida, volviendo a suspirar, siente un escalofrío y se arrebujaba en sí misma. No es ahora este escalofrío el efecto de esa cerniza que humedece sordamente la calle, sino el desabrimiento que le produce la visión de un paisaje interior desolado en que su alma, aterida y desnuda, tiritaba bajo la intemperie.

## II

Por donde la calle desemboca en la plaza se ve venir a doña Julita. Alta, delgada, un poco en trasunto y tipo de antigua sufragista inglesa. El párroco dice de ella que es una andariega, a la vez mística y mundana. Cincuenta años, soltera y rentista. Tríduos y novena, asociaciones y cofradías llenan las horas místicas de esta especie de monja alférez como alguien la llama, por ser viril y autoritaria, entrometida y fisgona, pedigüeña y ventolera. Sus horas mundanas las distribuye entre visitas de cumplido, tertulias y comadreos.

Doña Adelaida se prepara a recibirla, porque sabe viene a su casa. Con mal humor, por cierto, ya que estos días de cerniza punzan dolorosamente en su espíritu desplaciéndolo y asperezándolo. Únicamente ve de agradable en la solterona la tarea que ha tomado sobre sí de tutelar el porvenir de Lucilita, en forma de arbitrio matrimonial. Con el único partido que ella ve a su alcance y que disputan a la hija de doña Adelaida otras muchachas casaderas del pueblo más prácticas y avisgadas. Lucila, en cambio no parece poner una pizca de entusiasmo en estos proyectos casamenteros de doña Julita y de su madre, pero place de charlar un rato con la célibe, porque es un almacén de noticias y no hay novedad en el pueblo que escape a la búsqueda y husmeo de la andariega.

En esto, súbitamente, la aguarina mansa se convierte en lluvia gruesa, en la lluvia franca que deseara doña Adelaida. Un viento recién levantado la arremolina sobre la ventana y la dispara como un manojo de flechas contra los cristales. Brotan al fin rumores en la calle. Varios muchachos corren a guarecerse bajo los dinteles de las puertas. Un labriego pasa montado en una mula de grupa reluciente y la espolea tenazmente con los talones. Doña Julita intenta abrir apresuradamente su paraguas y no funciona. Y cuando empuja la puerta y entra en la morada de doña Adelaida, ésta, como para disculparse ante la recién llegada por la complacencia con que la ve chorrear la mojadura, exclama dirigiéndose a ella:

—Prefiero que los cuerpos escurran lluvia, que no quebranta huesos, a que las almas se recalén silenciosamente de frío bajo la cerniza.

## III

Las novedades de doña Julita se refieren hoy principalmente a heridas que le han abierto otras rivales devotas en su amor propio.

—El señor cura no me lo ha querido declarar—rompe a hablar apenas se sienta—pero yo lo he averiguado sonsacando aquí y disimulando allá. ¿Sabéis quién viene a predicar el quinario de Nuestro Padre Jesús? ¡El padre Rodríguez! Contra mi recomendación por el padre Cirilo. Una zancadilla de las de Cano para llevarse el padre Rodríguez a su casa. ¡Vaya predicador! ¡En comparación con el padre Cirilo! Nada, hijas, que el señor cura está por el bando de las rodriguistas.

La andariega mística sigue charlando a troche y moche de las excelencias de su candidato. A doña Adelaida le hastía esta charla frívola e insustancial y suspira repetidamente con el hábito que tiene de expresar así que puede decir algo y se calla o que se siente incómoda. Lucila, a su vez, viendo que la solterona no da otras chispas, y sintiéndose tan fastidiada como su madre, lleva la conversación a otros temas que sabe despiertan siempre la aguda curiosidad de la visitante.

—Doña Julita, no le conté el argumento de la película que proyectaron el jueves.

—¿Bonita?—se encandila en seguida la solterona.—Se titulaba «El amor tiene disfraces» ¿no es así?

—Así es.

—Pues cuenta y ya sabes lo que yo quiero: detalles, detalles, detalles.

Doña Adelaida sonríe irónica. No sabe cómo compaginar la afición mongil de la solterona con este gusto que muestra por los detalles de las películas que cuenta Lucila. Mística y mundana a la vez, en una extraña mezclanza, como dice de ella el señor cura. En tanto, Lucila ha comenzado su narración:

—«Se trata de una familia acaudalada en que a excepción del padre, todos son a despilfarrar lo que pueden. De los dos hijos que tiene el matrimonio, el varón es una bala rasa, vago, juerguista y vicioso. La hembra, que es una muchacha también desquiciada, tiene un novio que parece enamoradoísimo. Y un día, cuando menos se espera y nadie puede sospechar la verdadera situación económica de la familia, se presentan unos acreedores y se alzan con casi todos los bienes que formaban aquella fortuna, al parecer tan sólida. Esposa e hijos se revuelven contra marido y padre clamando indignados porque no les dió cuenta de la situación. El novio de la muchacha presencia la escena de los acreedores y empieza por espaciar las entrevistas, hasta que acaba por abandonar a la novia por completo. Ya no se atreve a cargar para el matrimonio con la cruz de una mujer pobre.»

Lucilita sigue narrando el argumento de la película. Y sus palabras—tiene la muchacha una voz musical—se desgranaban lentamente formando como un ritmo pausado y melodioso. Pero este motivo, aunque dulce, es monótono y doña Adelaida siente que sus ideas empiezan a desvairarse en las neblinas del sueño. El calor del brasero hace lo demás, y al cabo de unos minutos doña Adelaida dormita, arrullada por el rumor de la lluvia y el dulce bordoneo de Lucila.

que en tono menor va como arrancando a las cuerdas de una guitarra la música de sus palabras.

## IV

Despiertan a doña Adelaida los golpes que dan en los cristales de la ventana. Es doña Julita que ha visto pasar a Manolo Banderas y le llama desde dentro con esas señales.

—¡Entra, Manolo!—le grita, invitándole, cuando él se acerca a la ventana.

Manolo Banderas aparenta titubear un poco, sin saber qué hacer. Se está calando con el chaparrón que hace ya minutos anega la calle. Luego, después de escrutar un instante la altura, se decide a entrar y penetra al cabo de un momento en la salita, sacudiéndose la lluvia de su pelliza rizada como un perrito de lanas. Saluda y seguidamente pregunta a la solterona:

—¿Qué me quiere usted, doña Julita?

—Hacerte una pregunta... Siéntate un momento.

—¡No!—reclama él un poco azorado aunque quiere sentarse—. He pasado delante de la casa de Ramoncita Luque y me ha invitado a guarecerme en ella; no he querido aceptar y luego va a saber que he entrado aquí y que me siento, porque se lo va a decir usted.

—¿Y eso te preocupa?

—Preocuparme no, pero luego me pinchan ella y sus hermanas con otras cosas.

—Pues a propósito de Ramoncita Luque iba a ser mi pregunta. ¿De verdad la has pretendido, no?

—¡Que más quisiera ella! que yo dijese pío...

—¡Hombre, tanto como eso!... —tercia doña Adelaida.

—La verdá está en lo dicho, doña Adelaida. Que se destapen, que se destapen y veremos cómo esas voces las echan a correr ella misma y sus hermanas para que yo pique. Pero yo... ¡magras!

Manolo Banderas tiene una colección de exclamaciones, todas culinarias a base de las magras. Unas veces, «magras» solamente; otras, «magras fritas», y en ocasiones, «magras con tomates». Y ríe cada vez que suelta una exclamación de estas, acaso porque no se le ocurre ya decir otra cosa. Parece, cuando ríe así, un potro salvaje que relinchara. Y un bruto le parece ahora a doña Adelaida. Un bruto y, a la vez un tímido y un ingenuo. Rico, con más de una dehesa y una próspera granjería de cerdos y de ovejas. Nadie le ha desbastado y únicamente los periódicos que ha leído han cultivado su espíritu y sus emociones. Su centro de ilustración ha sido el casinejo del pueblo y sus libros los de cuentas con los porqueros y pastores. Un rústico por fuera y por dentro «pero ¡ah!—como apostillan todos y aun la misma doña Adelaida,—con más de una dehesa y una próspera granjería de ovejas y cochinos!» Y este es el partido que se ofrece al alcance para Lucilita en los proyectos casamenteros que hacen la solterona y doña Adelaida sobre el porvenir de la muchacha.

Ahora, tal vez habiendo repasado todo eso y estando al borde de la apostilla general, doña Adelaida invita insinuante al mozo:

—Bien, hombre, pero siéntate.

Y Manolo Banderas se sienta; es lo que quería; interesado tal vez por el relato de la película, cuya continuación demanda la solterona, o lo que es más probable, «por el modo con que cuenta las películas Lucilita», según manifiesta el propio Banderas. Todo su desparpajo de bruto se transforma en timidez y recelo ante la actitud de la muchacha. Evidentemente: Lucila no pone pizca de interés por el mozo. Lo capta ahora una vez más doña Adelaida y suspira. Por añadidura, ha amainado la lluvia y la cerniza parece invadir de nuevo la calle—. «¡Qué angustia de pueblo y qué monotonía tan reduplicada, Señor!»

## V

Los pensamientos de doña Adelaida se contagian de nuevo de una honda tristeza y con esta congoja íntima va a discernir en el porvenir de la hija. Ha dicho ella antes que han cambiado estas muchachas por su mundanidad y en el fondo son tan ingenuas como eran las muchachas de su tiempo. Con toda su modernidad prefieren las películas románticas y las novelas rosa. Sueñan con el hogar apacible; con el marido bueno y amante; con los niños sanos y rubios que les digan mamá. Todo lo demás son posturas, modas externas, postizos. ¿Qué será de esta Lucila soñadora en el pueblo? Las rentas del patrimonio familiar son muy modestas y cada día están gravadas con más impuestos y el amor, ese amor de romance, bello y poético, no llegará nunca.

Este punto alcanzan los pensamientos de doña Adelaida, cuando queriendo ya huir ella misma de sus preocupaciones, pone atención al relato de la película cuyo argumento sigue relatando Lucila.

—«Y un día, cuando en aquella finquita en que la familia arruinada se ha recluido por pobre, laborando ella misma la tierra; y cuando todos han adquirido el hábito del trabajo y de la economía, vienen los acreedores de en tiempos a descubrir que la quiebra ha sido simulada y ellos no quieren ya seguir representando el falso papel de vampiros y que todo ha sido un artificio inventado por el padre para poder transformar la psicología de los hijos y dar a todos lecciones vivas de lo que valen el trabajo, el orden y la voluntad. ¡Ah! y al hacerse públicas de nuevo la prosperidad y fortuna de la familia, vuelve a hacer acto de presencia el antiguo novio que abandonó por pobre a la muchacha.»

«¡Dios mío!—exclama a este punto, volviendo a monologar doña Adelaida—pero si en casi todas las historias del desamor escribe siempre algún capítulo la pobreza! Cruz a cargar llamó antes inconscientemente mi hija a la novia pobre, tomando el concepto del novio de la película. ¡Cuántas mujeres abandonadas, porque cambiaron de situación! ¡Muchachas buenas, honradas y hacendosas sin oír la palabra del amor, porque no aportarán al matrimonio la dote y el caudal de las ricas! Claro, que habrá también quien tome la pobreza voluntariamente, como un privilegio y un don de Dios. Desde luego que hay quien pone el dinero debajo del corazón y a su servi-

cio; pero son los más los que echan en el corazón metal y en sus latidos sólo perciben el tintineo de monedas.»

Insiste con estos motivos en el porvenir de Lucila. ¿Qué será de ella al cabo de unos cuantos años, si no cuajan los proyectos con Manolo Banderas? Será una solterona como doña Julita. Tal vez andariega, mística y mundana como ella. De la Ceca a la Meca, aquí entro, allí salgo; contando acá como desayuna el padre Cirilo, husmeando allá cómo se han producido las desavenencias domésticas en la familia Quirós.

Ahora es Manolo Banderas quien interrumpe a doña Adelaida sus soliloquios preguntándola:

—¿Qué cree usted que pasará aquí con el antiguo novio?

—No sé hijo; por mí que lo zurzan.

—¡A que se casa con ella!

—No se casa con ella, no—rectifica Lucila.

—¡Pero detalles, Lucilita, detalles!—demanda doña Julita.

—¿Detalles? Pues las demostraciones que una mujer puede hacer a un hombre para significarle su indiferencia y su desvío cuando la educación y las formas sociales y la aparente amistad entre ambos exigen no cometer incorrecciones ni groserías. Procurar que cuando se sientan cerca medie por lo menos media vara de distancia entre los dos; responder al saludo caluroso con un ademán frío; permanecer impasible ante las gracias y ocurrencias que ríe el pretendiente, y sobre todo cuando éste va a tocar el tema del amor, poner una cara y un gesto que antes de salir le hielen las palabras y se las rechacen. Eso hace la novia preferida de la película, y el impertinente acaba por comprender...

En la tertulia parece también que dejan caer de repente estas palabras un témpano de hielo. Porque es precisamente lo que acostumbra a hacer Lucila con Manolo Banderas: mantener a distancia su silla; ponerse seria ante sus gracias; responder fríamente y con monosílabos a sus preguntas. Tan clara es la analogía de las situaciones, que el mismo Manolo Banderas la capta así, y azorándose de nuevo, mucho más que al entrar, hace ademán de despedirse para salir. Tiene pintada en el rostro una resolución.

Se ha dado cuenta de la turbación del mozo doña Adelaida y dirigiéndole una amable sonrisa, le pregunta:

—¿A dónde vas ahora tan pronto?

—Tengo prisa, doña Adelaida—responde desplazado Banderas.

—Siéntate un rato más, que te voy a contar yo también el argumento de otra película.

—¡Ah! ¿pero usted también va al cine?

—Lo veo desde aquí, a través de las cosas que unas veces descubro y otras veces me cuentan. Porque todo en la vida es película. ¿No lo crees tú así, Manolito?

## VI

—Pues señor—rompe a hablar doña Adelaida ante la expectación de todos—. Esta era una señorita de pueblo, de fortuna modesta, o

más bien pobre que de modesta fortuna. Un día esta señorita adivinó que un muchacho del mismo pueblo la hacía objeto de sus preferencias. Era el mozo rico, con más de una dehesa y lucida granjería de ganados. No era muy refinado en artes y disciplinas científicas, pero tenía un corazón sano y un alma ingenua. Estos hombres son precisamente los más aptos para hacer felices a las mujeres y refiriéndose a esta ignorancia sana, ya dijo el venerable Kempis que mejor quería sentir la contrición que saber definirla.

Bien: a la muchacha no le era indiferente el mozo y apreciaba en él buenas cualidades. Pero como era pobre, según se ha dicho, y el galán rico, y en las historias de amores y desamores es el dinero quien escribe muchos capítulos, dudó de cuál debiera ser su conducta a seguir. Ella veía que otras muchachas le disputaban el mozo, que claramente se insinuaban a él y lo asediaban y comprometían. Sabía de una manera indudable que sus rivales ponían cerco de seducción al galán, sólo por su riqueza, porque ellas mismas lo declaraban así y hacían cuentas con su dinero para el porvenir.—«Señor, ¿qué haré yo para no parecerme a ellas?»—se preguntaba la cuidada.—El se ha dado cuenta del fin que persiguen con él las otras mujeres. Si adopto los mismos métodos que ellas, puede creermelo igual.

Y adoptó el sistema que a su entender le pareció mejor. En vez de atenta, mostrarse esquiva; en lugar de solícita, indiferente y fría. Que a veces la esquividad, y la indiferencia, y el desvío, son artificios estudiados para entrar más en gana a los hombres y se hace poco estimable una mujer que se rinde a las primeras de cambio sin ofrecer resistencia. El mozo estaba desconcertado con todas estas cosas, porque las interpretaba como señales de desamor. Hasta que un día, precisamente uno en que la muchacha contaba la anécdota de otra mujer que en una película se había valido de desdenes, desvíos y frialdades para demostrar a un hombre indeseable al que había querido en otro tiempo su desamor, el mozo del pueblo, oyendo la réplica de esa película en el argumento de otra, comprendió cuáles eran los verdaderos sentimientos de su pretendida, y lleno de orgullo y de alegría, y dando gracias a Dios por haber encontrado una mujer así, se decidió a declararse a ella. Poco tiempo después, se casaron; tuvieron muchos hijos, fueron muy felices y comieron muchas perdices, como se dice en los cuentos de hadas.

—Jú, jú! ¡Qué película más bonita!—ríe Manolo Banderas estrepitosamente, igual que un potro salvaje que relinchara—. Voy a contársela ahora mismo a Ramoncita Luque, para que rabie.

—Y yo voy contigo—decide doña Julita después de estrechar entusiasmada la mano de doña Adelaida—. Por el camino ya te contaré yo detalles de esa película. Detalles, detalles, detalles.

Cuando salen de la salita los visitantes, Lucila se dirige consternada a su madre:

—¡Mamá, mamá! ¿qué has hecho?

—No lo sé, hija, pero creo que cumplir con mi deber. Desde luego tirarte un capote.

—¿Y mi posible sacrificio no representa nada? Ya no me será posible siquiera esquivar.

—El porvenir sombrío es lo que hay que saber esquivar, hija. Mírate en el espejo de doña Julita. Tienes ya muy cerca de seis lustros. Dentro de otros cuatro serás acaso lo mismo que ella: un virago, entre beata y trotadera, en quien se haya frustrado por completo la femineidad. Ya ves si es preferible sacrificar ahora algo, cuando el Príncipe Azul aun está detrás de sus montañas y tú, como doña Julita, no has nacido con vocación de monja. Déjate querer, hija, que a veces, aun en la contradicción de los designios nuestros, se ve el designio de Dios.

Lucila hunde la cabeza entre las manos, absorta y pensativa. Doña Adelaida suspira y contempla desolada la cerniza que ha invadido ya de nuevo la calle, poniendo musgos y sordinas en la vecindad.

«¡Y que yo tenga que decir a mi hija estas cosas contra mi propio sentir! ¡Y que tenga yo que hacer la rueda a ese gánapiro para alucinarle! ¡Hay que ver, Dios mío, hasta guionista de películas!»

Queda perpleja un momento y vuelve a repetir admirada de sí misma:

«¡Hasta guionista de películas, Señor!»

Después torna a mirar la calle y suspira otra vez, pero con una congoja más atribulada que nunca. Dijérase que su corazón, aterido y desnudo, ha salido a tiritar bajo la cerniza...

ANTONIO REYES HUERTAS

## FELIZ AÑO NUEVO

En el año entrante ALCANTARA desea a todos sus suscriptores y lectores salud, alegría y dinero, y aprovecha esta oportunidad para agradecerles muy de corazón la ayuda entusiasta y decidida que nos vienen prestando.

Ofrecemos en justa reciprocidad a tan noble y generosa actitud, hacer cuanto esté en nuestras manos para seguir disfrutando de la simpatía y benevolencia del público, al que nos debemos en esta tarea cultural que nos hemos impuesto.

Que el año 1950 colme a todos de felicidad y venturas es nuestro deseo más ferviente.

## SILUETAS MODERNISTAS

### I

#### LOLUCHI

Con un rezo labial, precipitado,  
La misa por costumbre y en parleta,  
Despellejará al mundo, si le peta  
Pues el chisme no estima que es pecado.  
Un novio en planta y otro preparado  
Que esta es, de niñas locas, la receta.  
Y a sí perder—castigo a ser coqueta—  
Lo que en juegos de amor, hubo arriesgado.  
Lo mismo con Pocholo, que con Pablo,  
Fumar, beber, y dar el alma al diablo,  
No negar nada, concederlo todo,  
Hacer de su descoco paradigma,  
Tomar por galardón lo que es estigma,  
Y su decoro rebozar en lodo.

### II

#### POCHOLO STANDARD

Soñar con el *stadium* y el volante,  
Amar la lucha libre y el boxeo,  
No saber si es creyente, si es ateo  
Aunque oye misa libro por delante.  
Si se ha metido en trances de estudiante  
Confunde el Miño, con el mar Egeo,  
Le da igual Napoleón, que Galileo,  
Nuestro Manco inmortal, Ovidio o Dante.  
Luchan constantemente y a porfía  
Su ignorancia y su atroz pedantería  
En batalla campal de campeonato.  
Sus padres le reputan maravilla  
Y es tal tipo, en la lengua de Castilla,  
El modelo cabal del mentecato.